

Alimento peligroso

Ariel Martínez Malpica*

Las tinieblas han caído sobre esta ciudad desordenada y sucia. Las personas deambulan desconcertadas sobre las aceras, al tiempo que los autos llenan de smog las sucias y polvorientas calles plagadas de huecos. El tráfico se hace imposible y la paciencia de los conductores poco a poco se torna violenta: agravios van, insultos vienen, los frenos crujen angustiados y los pitos retumban en voces de todas las notas musicales posibles, dando como resultado la sinfonía del caos. Ha comenzado a lloviznar, se ha formado una bruma espesa que junto con la arremetida de una ventisca helada, impide a los transeúntes orientarse y caminar libremente.

Estas son justamente las condiciones ideales que Bizom el zombi ha estado esperando. Su sed de sangre y carne humana fresca ya son francamente incontrolables. Durante tres meses ha estado oculto al lado de un depósito de carnes al sur de la ciudad, consumiendo los malolientes restos de entrañas y huesos que los charcuteros lanzan a un apestoso foso de basura. Ahora es su oportunidad. Fantasea con arrancar la jugosa piel de una rozagante

* Nacido en Algeciras, Huila, Colombia. Realizó estudios de Ingeniería química en la Universidad Nacional de Colombia, y posgrado en Gerencia de Empresas en la Universidad Central de Bogotá. Egresado del taller de escritores de la Universidad Central en el año 2015. Actualmente escribe relatos cortos en un blog derivado de sus estudios en la universidad: www.delfin.bioidentia.com/wp, bajo el seudónimo M.M.Ariel. Esta preparando su primer libro de cuentos y su primera novela, donde explora acontecimientos de su vida cotidiana y de la historia de Colombia, pero bajo la lupa de la magia. Correo electrónico: escribe.ariel@gmail.com.

nalga o la tierna carne de una rica pantorrilla. Se le hace baba la boca de solo imaginar aspirando los deliciosos jugos de un ojo, o de un cremoso y calentito cerebro.

Cubierto con una larga chaqueta con capirote, Bizom se apresta a dar su primer golpe. Observa a lado y lado de la vía hasta que nota unos buses rojos articulados, llenos como latas de sardina de su alimento favorito: gente. Sigue a un grupo de estudiantes vagos e ingresa sin pagar a una de las estaciones, donde es empujado violentamente hasta quedar dentro de uno de los autobuses. Allí queda inmovilizado por completo durante un rato sintiendo los exquisitos humores de los manjares que lo rodean. Intenta zafarse o lanzar un mordisquito, pero es imposible. Haciendo un gran esfuerzo, logra liberar una mano que va a parar a las posaderas de una dama, quién le responde con un formidable bofetón que lo hace estremecer. Luego lo ofende y lo trata de acosador sexual. Bizom, anhela en vano de agarrar ese exquisito pompis ante la mirada aterrada e incrédula de la dama, pero lo único que logra es recibir un doloroso sopapo de un hombre que parece conocer a la mujer.

En contados instantes, el transporte se detiene al parecer en otra estación, donde algunos de esos sabrosos tentempiés andantes bajan mientras otros suben. En ese forcejeo alguien lo pisa y alguien

más le propina una angustiosa patada provocándole un alarido, que nadie parece escuchar. Un vendedor ambulante comienza a repartir pequeños paquetes de maní a los pasajeros, alcanzando a colocar uno sobre el hombro de Bizom. En seguida procede a persuadir a los pasajeros para que lo compren, mencionando que recién ha salido de la cárcel por un crimen que no cometió, y apelando a la futura seguridad de todos los presentes, solicita el dinero para poder rehabilitarse. Algunos viajeros le entregan monedas, al tiempo que otros devuelven la mercancía. El vendedor se acerca a Bizom, que sigue completamente inmovilizado en un abrazo sofocante. Al no obtener respuesta, le descarga un variado repertorio de improperios y lindezas, antes de tomar de nuevo el envoltorio de su hombro. De pronto, un hombre procede a arañar una destemplada guitarra seguida de unos conmovedores alaridos que Bizom interpreta como alguien alimentando a uno de sus semejantes. Al cabo de tres tonadas, el virtuoso se allega como puede por entre la gente recibiendo alguna que otra moneda, pero al no obtener nada de Bizom, le dispara una mirada de desprecio y lo trata de miserable y tacaño.

De nuevo el transporte frena en otra parada, y esta vez Bizom está libre, listo y dispuesto a obtener su ración alimenticia. Sin embargo, tres hombres de rostro cubierto con capucha, ingresan abriéndose paso mostrando sendos puñales a todos los pasajeros, exigiendo dinero, joyas, teléfonos móviles y tabletas de última tecnología. Bizom intenta abalanzarse sobre el apetecible brazo de uno de los encapuchados, pero este reacciona rápidamente propinándole varios navajazos a su ya adolorido torso, al tiempo que los otros dos lo empujan y le aciertan algunos puños y patadas *por sapo*. Luego buscan entre sus ropas, pero al no hallar algo de valor, le descargan otra tanda de cortes, guantazos y puntapiés. Después huyen forzando las puertas, extraviándose presurosos en la calle. El pobre Bizom queda tirado en el piso muy abatido y todavía

hambriento. Una mujer se le acerca, acaricia tiernamente su cabeza, le agradece y le dice que es feo, pero muy valiente. Bizom, se incorpora con lentitud ansiando alcanzar la rica pierna de la mujer, pero en ese momento el conductor frena bruscamente arrojándolo de cara contra el piso del autobús, con tal violencia, que cuatro dientes ruedan por el piso. Uno de ellos resulta ser de oro. Al tratar de recoger sus premolares, alguien le planta el pie aprisionando su mano, le arrebató el diente de oro y le aconseja que permanezca tranquilo. Bizom mira con levedad hacia arriba, ve que es un individuo musculoso como de uno noventa, y entonces por primera vez, siente miedo. Comienza a pensar que los tiempos han cambiado siendo la otrora aterrorizada comida, hoy por hoy, ¡peligrosa para su salud!

Cuando el transporte llegó a una nueva estación, Bizom se incorpora y al tratar de huir, es empujado nuevamente por

un tumulto. Siente una que otra patadita, uno que otro pisotón, y un pellizco en su nalga derecha. Al momento de partir el autobús, lo tumban por la puerta de la estación, cae, pierde varios huesos del pie y una costilla. Sale amedrentado y con ganas de alejarse de semejante sitio peligroso.

Ya avanzada la noche, arrastrando su pie izquierdo, con una mano en el costado y habiendo sido mordido por un persistente perro rabioso que le arrancó un pedazo de cadera, Bizom el zombi, se apresura por llegar lo más pronto posible al sur de la ciudad, a un agradable foso lleno de deliciosas golosinas, al lado de un depósito de carne.